

PER BX1427.A1 P483

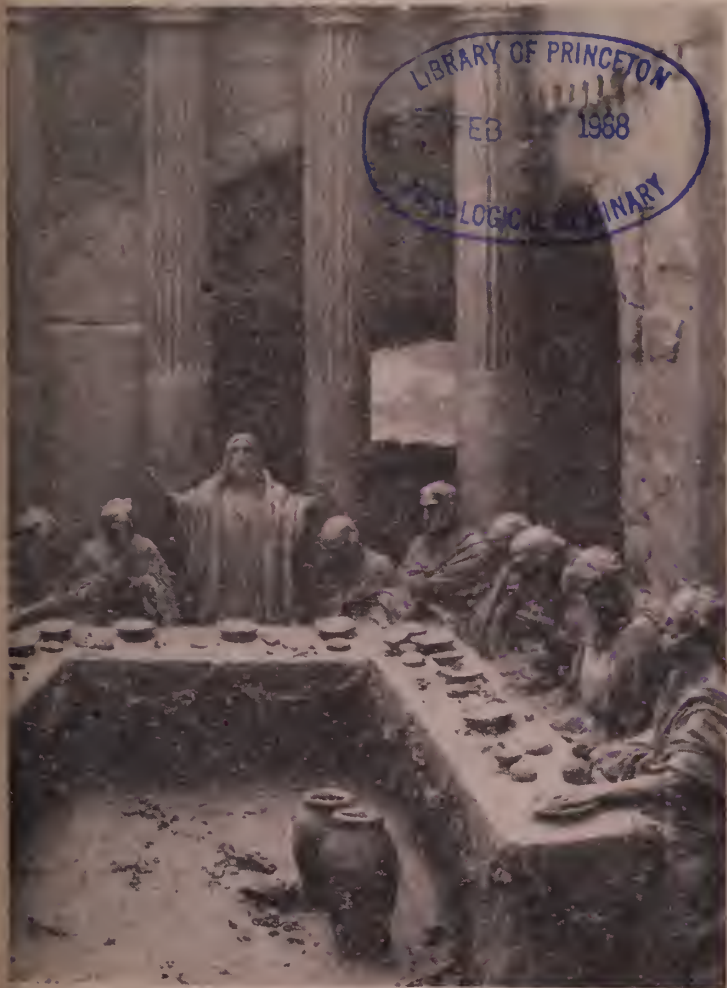
Pentecostes.





PENTECOSTES

3a. Época. — 1º de Abril de 1960. — Núm. 187



Institución de la Sagrada Eucaristía.



LA CARIDAD

5) La caridad no debe ser anónima, impersonal, a través de intermediarios; debemos hacer la caridad por nosotros mismos, con nuestras manos y con nuestro corazón.

El pobre necesita la presencia del rico en su cuarto sucio, maloliente, mal ventilado. Más que hambre, más que frío, tiene necesidad de una palabra de consuelo, de aliento, un poco de interés por sus problemas, un poco de afecto y de cariño...

Cuando las sedas de la señora aristócrata no se desdeñan de rozarse con el percal de la pobre: cuando las manos enguantadas no rehusan hacer una caricia a la carita del niño sucio y desgredado, un rayo del cielo ilumina la vida del pobre, triste y dura.

No los congresos, que sólo sirven para paseos y banquetes gratuitos; no las conferencias, que son pocos los que las oyen, menos los que las entienden y que nadie hay que las ponga en práctica; no las sociedades laicas, nacionales o internacionales, así se trate de la "Organización de las Naciones unidas" —que ni unidas ni organizadas están—; han de ser las que resuelvan los grandes problemas de la justicia social, de la lucha de clases, de las relaciones obreropatronales, del desempleo, de la miseria...

Tampoco los resolverán las obras de filantropía laica ni las de la beneficencia pública; las cantidades destinadas a ellas ¡cuántas veces llegan de hecho a los pobres en cantidades irrisorias!

Y aunque llegaran íntegras, esa manera de socorrer al pobre es fría y lejana, no une los corazones, los deja distanciados, secos, hostiles.

Sólo la verdadera caridad cristiana realiza este prodigio de anular las distancias, de suavizar las diferencias de clases sociales, de unir los corazones, de convertir la lucha en paz y el odio en amor...

* * *

En dos ejemplos comprenderás mejor lo que llevo dicho: Es una señora de la alta aristocracia con su esposo, industrial millonario, y dos hijos pequeños.

Los niños tienen tanta ropa, que una buena parte de ella se ha picado o enmohecido, se ha echado a perder.

Petra, la sirvienta, se lo advierte a la señora.

—Si no sirve, tírala a la basura, le contesta. Pero, luego se le ocurre un pensamiento casi heroico (!).

—Mira, Petra, ¿no sabes de alguna familia pobre a la que pudiera dar esa ropa que no sirve?

—No una, señora, conozco muchas...

—Entonces, haz un buen paquete y mañana, cuando los niños vayan a paseo, lo llevaremos.

Y así se hizo. En la cajuela del Cadillac, último modelo, se puso el paquete para que no diera mal aspecto. Adelante iba el chauffeur y la criada para indicar el camino; en el asiento posterior, la señora y los dos niños.

Dejaron atrás las grandes avenidas, llegaron a los suburbios y se internaron en los barrios bajos de la ciudad, entre casuchas destartaladas y por calles estrechas y llenas de baches.

—¡Pero Petra! ¿por dónde nos traes? En estos caminos el auto se va a maltratar y esta atmósfera pestilente va a perjudicar a los niños; Suban todos los cristales!

—Ya llegamos, señora. Y el coche se paró frente a una inmundicia "vecindad (1)" como hay tantas en México.

—¡Pronto, bajen, entreguen esa ropa y vuelvan inmediatamente! ¡Esta atmósfera es irrespirable!...

El auto sale al fin de aquel laberinto. Los cristales se bajan. Se respira un aire puro.

¡Y la señora se siente una heroína de la caridad, porque ha hecho un gran sacrificio "para vestir al desnudo"!...

* * *

Si ahora debo presentarte un ejemplo de la verdadera caridad cristiana, que no sólo ayuda al pobre con dones materiales, sino con el don de sí mismo, en forma de abnegación, de sacrificio, de afecto; no sé cuál elegir, porque la vida de los santos y de las almas buenas está llena de estos derroches de caridad.

Voy, sin embargo a citarte uno muy poco conocido, pero tan admirable que casi parece inverosímil.

Se trata del Cardenal de Cheverus, arzobispo de Burdeos. Fue muy agitada su vida: primero fue misionero en la India; después obispo de Boston; más tarde, de Montauban; al fin, arzobispo y cardenal.

Cuando era obispo de Boston, supo que, fuera de la ciudad, había un pobre negro, enfermo, cubierto de llagas; vivía en una pocilga y nadie se ocupaba de él. Al saberlo Mons., él en persona se constituyó enfermero del negro; diariamente curaba sus llagas, arreglaba su lecho, lo proveía de alimentos y le prestaba todos los servicios de un enfermero. Para que nadie se diera cuenta, hacía esta obra de caridad al anochecer, de incógnito y completamente solo.

Pero la curiosidad de su ama de llaves lo descubrió. Le extrañó que por la mañana sus vestiduras estaban cubiertas de polvo. Se puso en observación y se dio cuenta que el prelado salía todas las noches; lo siguió de lejos, llegó hasta la cabaña y favorecida por la oscuridad, se dio cuenta de la caridad de Mons.

Durante mucho tiempo sostuvo a una viuda y a sus cinco hijos pequeños que, a la muerte del padre, habían quedado completamente desamparados. Los visitaba cada día, les llevaba lo necesario y los consolaba con su palabra llena de afecto paternal.

En el invierno, que era riguroso, les mandó una cantidad suficiente de leña para calentarse; pero llegó a darse cuenta de que no la usaban, porque no había quien la partiera. ¡Excesos admirables de la caridad! ¡Mons. se convirtió en leñador y partió él mismo toda la leña! (2).

Con frecuencia, los pobres nos dan ejemplo de abnegación:

Era aquella época terrible de 1916 a 1918 en que, después de la guerra civil que asoló a la República vinieron el hambre y la peste.

Había dos familias pobres que vivían en la misma "vecindad", una formada por el padre, la madre y un hijo pequeño; la otra, además de los padres, tenía 9 hijos también de poca edad.

En la primera familia, el padre murió en la peste de tifo; la madre, de la influenza española. La madre en sus últimos momentos le dice angustiada a su vecina: —Me voy a morir... y ¿qué va a ser de mi hijo?...

—Quédate tranquila, María. Yo lo adoptaré por hijo al igual de los míos. —Pero, ¡si ya tienes tantos y estamos tan pobres! —No te preocupes, María, donde comen 9, comerán 10. Además, Dios proveerá...

Y lo que no hubiera hecho una familia rica, lo hizo una pobre con una sencillez sublime...

¡Los ricos tienen todo y no dan nada! ¡Los pobres casi nada tienen y lo dan todo!

* * *

6) La caridad que no cuesta, que no supone sacrificio, es una pantomima de caridad.

¿No es ése el caso de las llamadas “fiestas de caridad”? Un baile de caridad — un “té-canasta” de caridad — una corrida de toros de caridad — una kermess de caridad, etc., etc.

¡Practicar la caridad divirtiéndose! Yerran los que creen que así la practican.

No trato precisamente de censurar a los que organizan esas fiestas —siempre que sean *honestas* y se *sujeten* a las prescripciones especiales que para estas fiestas ha dado la Iglesia—. No hacen sino servirse de un medio lícito para obtener los recursos que requiere una obra buena, cuando falla la caridad espontánea.

Mi intento es desenmascarar la falsa caridad de los que asisten a esas fiestas o de los que las organizan por motivos reprobables.

Un autor contemporáneo escribe a este respecto:

“Cuando se ha querido remedar a la caridad cristiana, los mundanos se han visto precisados a organizar bailes de beneficencia, tés danzantes para los pobres, “soirées” mundanas de gala, donde a una pobre viuda se le da un par de zapatillas bajo la mirada de mil gemelos, durante la fatiga de una noche de juerga y después de haber derrochado miles de pesos en trajes, manjares y licores.

Tal vez por un inconsciente pudor, a toda esta hipócrita farsa se le llama *filantropía* y no caridad; quizá porque la misma lengua se ha rehusado a llamarla con el nombre augusto de caridad; o quizá mejor por un inconsciente homenaje a la reina de las virtudes cristianas.

En suma, si estas máscaras de la caridad sienten la necesidad de buscar otros vocablos, tan brillantes como vacíos; que experimenten también el deber y el decoro de no intentar, no digamos sustituir o superar, pero ni siquiera compararlas con la caridad cristiana. Como ninguna máscara sustituye o supera al rostro del hombre donde se refleja el fulgor de Dios...

(3)”

1.—¿Estás convencido de que la caridad cristiana debe ser personal? ¿que debes practicarla por ti mismo, con tus propias manos, poniendo en ello tu corazón? ¿que no sólo debes dar, sino DARTE?

2.—¿Rehusas ponerte en contacto con el pobre? ¿te repugna su pobreza? ¿te da asco su miseria?

3.—Es que te falta mucho espíritu de fe para ver a Jesús en la persona del pobre; para reflexionar que, si la riqueza es el gran título para granjearte los favores del mundo, la pobreza es el mejor blasón para merecer las predilecciones de Dios. Ese pobre que ves con repugnancia es muy probable que valga más que tú a los ojos de Dios...

4.—Para alejarte del pobre, no alegues que a las veces una falsa pobreza sirve para timar a los demasiado crédulos.

Salvo un caso patente de fraude, es preferible que te engañen y no que te expongas a faltar a la caridad. Después de todo, nada pierdes, pues Dios sólo atiende a tu buena intención. Aquí cabe aplicar esta máxima de un gran pensador nuestro: "*Mejor es ser engañado por bondad que acertar por malevolencia* (4)".

5.—¿Te has grabado bien esta gran verdad que la caridad verdadera cuesta, implica sacrificio, requiere abnegación?

6.—Egoísmo y caridad son tan opuestos como la noche y el día, como las tinieblas y la luz. Practicarás la caridad en la medida en que mortifiques tu egoísmo.

7.—¿Hasta dónde has sacrificado tu bienestar, tu comodidad, tu tiempo, tus diversiones para ayudar a tu prójimo?

8.—Lo que habías de gastar en las llamadas "fiestas de caridad", dalo directamente a los pobres o a otra obra buena, y todos saldrán ganando.

9.—Compara tu vida con los ejemplos que te propuse. En el primero, ¿no te ves como en un espejo? En el segundo, ¿no te avergüenzas al comparar tu vida con la de esas almas que no han puesto límite a su caridad?

Imítalas. Porque la medida con que Dios derramará su misericordia en tu alma, será la medida de tu caridad para tus hermanos.

J.G. TREVIÑO, M.Sp.S.



(1) Llámase así en México a una vieja casona con muchas viviendas donde se aglomeran otras tantas familias. — (2) Karker, "*Le Cardinal de Cheverus*". — (3) Mons. Pennisi, "*La Crisi della Carità*". — (4) Mons. Agustín Abarca.



NOCHE OSCURA DEL SENTIDO

DESCRIPCIÓN

DESPUÉS de un tiempo en que el alma se dedica a la vida interior, se presentan las primeras señales de la *noche oscura* del sentido.

El tiempo que transcurre entre la primera conversión y esta segunda es muy diverso, según las diferentes circunstancias espirituales de las almas; la vida anterior a la conversión, que pudo estar llena de pecados o de mayor o menor inocencia; el fervor y desprendimiento después de la conversión y, finalmente, la misión o vocación divina.

¿Cuánto tiempo suele transcurrir entre la primera conversión y la oración habitual de "*simple mirada*"?

Sta. Teresa dice que seis meses o un año; San Juan de la Cruz que "*muy breve tiempo*"; y con ellos están acordes los demás grandes maestros de la vida interior.

De manera que la "*noche oscura*" debe presentarse poco tiempo después de este período de "*simple mirada*".

Los "*gustos sensibles*" que tuvieron su época de oro durante el ejercicio de la oración afectiva, se han vuelto más tranquilos y apacibles en la "*simple mirada*"; pero, poco a poco, la sensibilidad se seca, los "*fervores*" desaparecen y lo que era como florida "*primavera espiritual*" se convierte en "*páramo desolado*".

Sin embargo, antes de afirmar con seguridad que un alma se encuentra en la noche oscura, hay que proceder con cautela; porque bien pudiera tratarse de algo pasajero, a causa de algún descuido en la oración o mortificación, o bien por algún desarreglo de orden psíquico o fisiológico.

Las señales que da San Juan de la Cruz son tres:

La *primera* es que no halla gusto en las cosas de Dios; en la oración, en los Sacramentos y demás ejercicios devotos; pero tampoco halla gusto en las cosas del mundo.

Porque si no tuviera gusto en lo de Dios y lo tuviera en las cosas mundanas, luego se echaría de ver que no era "*noche oscura*", sino que había descuidado la virtud y la oración, y había vuelto a sus pecados y aficiones desordenadas.

La segunda es que de ordinario anda pensando en Dios, y su pensamiento está impregnado de pena, porque le parece que no está trabajando en la unión con Dios como debiera.

Y, lo que hace evidente la diferencia entre esta *noche* y la tibieza, es que el tibio tiene pereza en las cosas de Dios; pero el que se encuentra en la purificación pasiva, aunque no siente gusto, tiene muchos deseos en la voluntad de servir a Dios.

La tercera señal es que la meditación discursiva se le ha vuelto imposible. La imaginación, aunque el alma se esfuerce mucho, ya no le ayuda como antes, sino que *encuentra* una suave presencia de Dios que la absorbe delicadamente.

* * *

Lo primero que se dice es que el alma *no halla gusto en las cosas de Dios*.

Y debemos afirmar que no es precisamente falta de gusto, sino que el gusto se ha transformado de una manera radical.

Ya no es el gusto sensible, sino el gusto espiritual, y esto es obra de Dios, porque mientras que el alma encuentre gusto y sabor sensibles, no podrá percibir los delicados toques del espíritu.

Es como si alguien estuviera escuchando el ruido ensordecedor de muchas sirenas de fábricas, al mismo tiempo que se ejecuta una suave melodía en "*pianissimo*"; no podrá escuchar esta melodía hasta que no cese el ruido. O como el que tiene amargada la lengua por alguna medicina muy fuerte, que no podrá percibir el sabor agradable del alimento hasta que cese la amargura de la medicina.

Los gustos sensibles —como su nombre lo indica— tienen repercusiones en los sentidos y, al mismo tiempo que los sentidos gozan con su gozo propio y característico, el alma recibe su fruto espiritual.

Con frecuencia esos gustos de la sensibilidad ocupan un lugar preponderante, un lugar que no debieran ocupar.

Se hace más aprecio de lo sensible que se experimenta que de la gracia interior que se recibe. El juicio se va deformando, se piensa que sólo se aprovecha cuando se "*siente*" y el mayor o menor sentimiento es el criterio del mayor o menor provecho.

Esa "*glotonería*" espiritual impide totalmente que se perciban los frutos apacibles y profundos del espíritu.

Por eso esta noche deja **TOTALMENTE** seca la sensibilidad, para que empiece el alma a darse cuenta de otro alimento muy sutil y espiritual, algo que no había pensado que existiera, algo que produce una paz profunda aun en medio del desabrimiento y aridez en que se encuentra.

* * *

La aridez y falta de gusto es *total*, como hemos dicho; abarca las cosas del espíritu y más, si cabe, las del mundo.

Si hubiera desgano para lo de Dios y gusto por las cosas mundanas, entonces no sería señal de NOCHE OSCURA, sino de tibieza, porque la *sensibilidad* estaría muy entera para lo que tiene afecto, o sea lo mundano, y muy desabrida para lo que no le interesa, o sea lo de Dios.

* * *

La *segunda señal* es una ordinaria preocupación penosa de que no está dedicada al servicio de Dios como debiera. De manera que la falta de "*gustos sensibles*" le parecen señal de que no sirve a Dios y de ahí le viene la pena.

Es evidente que sufre también por la falta de gusto en sí misma, también añora los días floridos, porque eran hermosos y le causaban satisfacción; pero el sufrimiento es *ante todo*, porque piensa que no es de Dios, puesto que nada siente en los ejercicios de piedad.

El tibio, apenas le falta el gusto en su devoción, acaba por dejar de una vez los ejercicios de mortificación y vencimiento; en cambio el alma que está en la "*noche oscura*" trabaja incansablemente en todo lo que se refiere a la vida espiritual.

* * *

Por *último*, la meditación, el discurrir de una cosa a otra, la ayuda de la imaginación, todo esto se le ha hecho imposible durante la oración.

La multiplicidad de los afectos, la conversación fácil con Dios, todo se ha desvanecido; cuando lo hace, le parece que no encuentra respuesta.

En cambio, sin procurarlo el alma, *ENCUENTRA* una suave presencia de Dios que la deja absorta y tranquila.

No es algo que ella pueda producir, no es el efecto de su esfuerzo, es algo que *le viene* de arriba, es algo *pasivo* que Dios le comunica.

* * *

Las almas que entran en esta NOCHE OSCURA DEL SENTIDO requieren mucha ayuda para que se humillen tranquilas y confíen en la Misericordia de Dios, que no desampara a quienes tienen puesta su esperanza en ella.

No se han perdido, sino que han encontrado el camino definitivo que conduce a Dios.

Poco a poco se obrará en esas almas la transformación que ha de cambiarlas de "*sensibles*" en "*espirituales*" y encontrarán sólido alimento en una callada y apacible CONTEMPLACION.

FERNANDO DE LA MORA, M.Sp.S.



Las principales orientaciones de la vida cristiana bajo la moción del Espíritu Santo.

¿HACIA quién y hacia qué este Educador divino conduce al alma dócil a sus inspiraciones?

Tres direcciones aparecen sobre todo, que pueden relacionarse con tres de los títulos tradicionales del Espíritu Santo y con las tres virtudes teologales:

Es *Espíritu de Verdad* y conduce ante todo a Cristo y al Padre. Es Educador de la fe. Corresponde al movimiento contemplativo y litúrgico. Así nos lo presenta sobre todo San Juan.

Es *Espíritu de Amor y de Unidad* y conduce al cristiano hacia sus hermanos en la Iglesia. Es Educador de la caridad. Corresponde al movimiento ecuménico. Así nos lo presenta sobre todo San Pablo.

Es *Espíritu de Fortaleza* e introduce y compromete a los cristianos en la Historia, en el trabajo de expansión de la Iglesia, en la realización de los Designios de Dios. Es Educador de la Esperanza. Corresponde al movimiento misional. Así nos lo presenta sobre todo San Lucas en los "Hechos de los Apóstoles".

Y en estas tres orientaciones, el Espíritu Santo realiza en el cristiano una obra de purificación que lo hace salir de sí mismo.

Consideraremos cada una de estas orientaciones:

1º—*El Espíritu de Verdad conduce a Cristo y al Padre.*

"Por Cristo resucitado todos tenemos libre acceso al Padre, en un único Espíritu (1)". Esta admirable fórmula nos dice lapidariamente que el papel más sublime del Espíritu —que

es "el único que escudriña las profundidades de Dios (2)" — es hacernos penetrar en el mundo divino hasta llegar al Padre, introduciéndonos antes en el mundo de la resurrección donde reina el Hijo redentor.

La fe es desde luego encuentro y aceptación de estas dos Personas infinitas, invisibles y misteriosas, y afirmación tenaz de su Presencia, para inaugurar con Ellas un diálogo inefable y viviente.

Así toda vida cristiana se convierte en una vida mística, es decir, misteriosa, por el contacto con el misterio esencial del Dios viviente.

El Espíritu Santo aparece entonces como la presencia misma del Padre y del Hijo perfectamente interiorizada; y colabora con mi libertad para suscitar en mí, sin cesar, la acogida que les debo dar en la fidelidad.

* * *

Conocimiento y aceptación de Cristo resucitado, primeramente.

Recordemos estos hermosos textos: "Cuando venga el Espíritu de Verdad, dará testimonio de Mí (3)".

Hubo un tiempo en que conocimos a Cristo con los ojos del cuerpo: ahora ya no lo conocemos así (4)", sino según el Espíritu, es decir, con las luces y las actitudes inspiradas al hombre nuevo por la presencia del Espíritu Santo. "Lo que quiero es llegar a conocerlo" a El, con el poder de su resurrección... (5)".

Al lado de los cristianos todavía débiles, carnales, psíquicos, añiados, San Pablo discierne a los cristianos "perfectos", espirituales, maduros, que una adhesión sólida a lo verdadero, una virtud elevada y un gran amor, los ha hecho capaces de una profunda penetración espiritual, especialmente para comprender el misterio de los planes de Dios, cuyo centro es el Cristo-Caridad, y para apreciar los tesoros celestiales inauditos que nos esperan por la participación a su resurrección gloriosa.

* * *

Conocimiento y aceptación del divino Padre, en seguida.

Sólo el Espíritu Santo puede darnos el sentido de Dios, el sentido de las realidades divinas, ese conocimiento que los teólogos llaman "por connaturalidad", es decir, no por conceptos, sino por la verdad del ser rectificado de la criatura que se armoniza con el Ser de Dios y que por eso se ha hecho capaz de comprender mejor a Dios.

Por nosotros mismos tenemos una tendencia persistente y tenaz a hacernos un Dios a nuestra medida. Pero el Espíritu

Santo trabaja en apartar los estorbos que nos ocultan *la trascendencia divina*, para hacernos entrar en la bienhechora oscuridad y en el silencio donde el Dios verdadero empieza a revelarse (6).

Y ese Dios lo llamamos con toda verdad nuestro Padre. *“Todos los hombres a quienes anima el Espíritu de Dios son hijos de Dios. Por tanto, no habéis recibido un espíritu de esclavos para volver a euer en el temor, sino un espíritu de hijos adoptivos que nos haec clamar: Abba Padre! El Espíritu en persona se une a nuestro espíritu para darnos testimonio de que somos hijos de Dios (7)”*.

* * *

Hagamos aquí tres observaciones útiles:

a) El Espíritu Santo acentúa en el cristiano dócil *el sentido de la oración filial*, el sentido del culto en espíritu y verdad, el sentido de toda la vida ofrecida como una liturgia *a la mayor gloria del Padre*.

Una de las formas más significativas de la acción del Espíritu Santo en un alma es que hace más y más *“teocéntrica”* su vida; hace de ella un alma *“religiosa”*.

b) El Espíritu Santo provoca en el cristiano dócil una *percepción espiritual* concreta de la presencia divina íntima, una *experiencia de Dios*, oscura y a tientas, pero real y controlable por ciertas señales, por sus frutos sabrosos, sobre todo.

San Juan y San Pablo concurren aquí para certificarnos la existencia, a lo menos pasajera, de esta conciencia de Dios. Y no es necesario ser un místico excepcional, para haberlo gustado.

Sobre este asunto puede leerse el hermoso libro de M. Mouroux sobre *“La Experiencia cristiana (8)”*.

c) En fin, el Espíritu Santo atiza en el cristiano dócil *el deseo gemebundo de la perfecta filiación (9)*. Y El mismo es la prenda de la herencia celestial. Hace que juzgue los bienes terrenos en su valor tan relativo, lo desprende de ellos, a veces hace que le causen repugnancia, para adherirse al que permanece, al que no pasa. Le hace decir: *“Deseo morir para unirme a Cristo (10)”*.

* * *

Todas esas dimensiones del auténtico conocimiento de Cristo y del Padre están consignadas en ese extraordinario capítulo VIII de la Epístola a los Romanos, que es en verdad el gran poema de la vida cristiana *“espiritual”*, una de las partes culminantes de la Escritura, seguramente.

No faltan señales en torno de nosotros que nos revelan la acción profunda del Espíritu Santo en la Iglesia de hoy, un trabajo de reorientación de las conciencias cristianas hacia el Dios viviente.

El célebre llamamiento del Cardenal Suhard, en su carta pastoral sobre "*El sentido de Dios*" (1948), empieza a ser escuchado.

En una conferencia donde se exponían "*las tendencias actuales de la cristiandad* (11)", Mons. Ancel comprobaba: "*La cristiandad quiere volver a encontrar el sentido de Dios*". Y esto se traduce especialmente en tres notables "*movimientos*":

—Una ardiente juventud afluye a los monasterios benedictinos, a las Trapas, a los Carmelos. Esta *afluencia de las vocaciones contemplativas* se verifica aún en el país de los "*business*" —los Estados Unidos— de donde nos ha llegado el brillante testimonio de Tomás Merthon.

Mejor que antes comprendemos que Dios merece soberanamente que sacrifiquemos todo a su alabanza y adoración.

—No hago más que señalar —pues son tan evidentes— *los movimientos bíblico y litúrgico*, estrechamente unidos por lo demás, que hacen a los cristianos escuchar, con más atención cada vez, la Palabra de Dios y forman en ellos a los auténticos "*adoradores en espíritu y en verdad*".

—Los actos del Magisterio —Encíclicas sobre los Estudios Bíblicos, sobre la Liturgia, sobre la Música Sagrada—, las reformas en estudio y el inmenso trabajo de investigación y de adaptación, contribuyen a centrar más firmemente la piedad, no en un Dios vago y nebuloso, sino en las Personas divinas vivientes y en el misterio del Cristo Salvador.

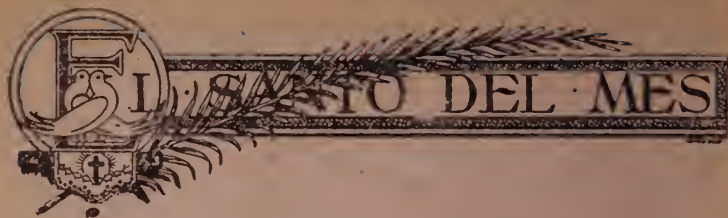
En todo esto, no podemos dudarlo, se descubre el soplo poderoso del Espíritu Santo.

J. AUBRY, S.D.B.

(ADAPTACION Y TRADUCCION DE J.G.T.)



(1) Ephes., II, 18. — (2) I Cor., II, 10. — (3) Joann., XV, 26. — (4) II Cor., V, 16. — (5) Philip., III, 10; véase todo el pasaje del v. 8 al 16. — (6) Cf.: Bouyer, *Le Sens de la vie monastique*, pp. 132-3. — (7) Rom., VIII, 14-16. — (8) Collection "*Théologie*", ed. Aubier. Véase en especial el cap. V, "*La Experiencia del Espíritu en San Pablo*"; y el cap. VI, "*La experiencia en la I Epístola de S. Juan*". — (9) Rom., VIII, 23-27. — (10) Philip., I, 23. — (11) Conf. del 12 mayo 1952 en Ste. Odile, París.



EL MAYOR milagro de Lourdes es Bernardita.

Al escoger la vida religiosa para santificarse en ella en la humildad, en la humillación, en el olvido y ocultamiento, en el sacrificio en todas sus formas, Bernardita dio al mensaje de Lourdes toda su plenitud, toda su eficacia y fecundidad.

Renunció a vivir en el ambiente de Lourdes —tan querido para ella— y entró en el convento de Nevers, el 7 de julio de 1866. Tenía 22 años. Allí mismo murió el miércoles de Pascua, 16 de abril de 1879. Vivió pues escasos 13 años en la Religión.

Pero ¿quién podrá comprender todo lo que significaron esos 13 años? —Sólo Dios, testigo íntimo de todo lo que Bernardita tuvo que sufrir y padecer.

Cuando entró al convento dijo: *"Vengo aquí para orar y sufrir por los pecadores"*.

Y casi toda su vida religiosa la pasó enferma: el asma, la tuberculosis, la caries de los huesos martirizaron su cuerpo; las más dolorosas humillaciones la hundieron en el olvido y una incomprensión inexplicable destrozó su corazón tan sensible...

* * *

De sus breves notas íntimas tomamos estos pasajes:

¡Oh Madre mía, ofrézcame a Jesús!

¡Oh María, mi tierna Madre, haz que a ejemplo tuyo sea también yo generosa en todos los sacrificios que me pide N.S. durante toda mi vida!

¡Oh Madre mía, toma mi corazón y sepúltalo en el Sagrado Corazón de Jesús!

¡Oh María, recibe mi corazón como una víctima expiatoria por mis pecados!

¡Madre mía, ven en mi ayuda, alcánzame la gracia de morir a mí misma para no vivir sino de mi Jesús y para mi Jesús!

¡Oh María dolorosísima, al pie de la Cruz recibiste el título de Madre nuestra: soy hija de tus dolores, hija del Calvario!

Quiero seguirte, oh Jesús mío, e imitarte; prefiero ser crucificada Contigo que gozar sin Ti de todas las delicias del mundo.

Dulce Jesús mío, dame un gran amor a tu Cruz, y si no puedo morir por la crueldad de los judíos, moriré en ella por la vehemencia de mi amor.

¡Oh Corazón compasivo de mi Jesús, acepta cada una de mis lágrimas, cada grito de mi dolor, como una súplica por los que sufren, por los que lloran, por todos los que se olvidan de Ti!"

* * *

"Para ser digna de servirte, aunque tenga que corregir mi carácter, que luchar sin descanso, que desgarrar mi corazón con los sacrificios más penosos a la naturaleza, estoy dispuesta a emprender todo por tu amor.

¡Oh Jesús mío, guárdame bajo el estandarte de tu Cruz! Que el crucifijo no esté sólo ante mis ojos, sobre el pecho, sino en mi corazón, viviendo en mí.

Que yo misma sea crucificada y transformada en El, por la unión eucarística, por la meditación de su vida, por los sentimientos más íntimos de su Corazón, para atraer a las almas—no a mí sino a El— y para que, desde lo alto de su Cruz, su amor me una a El para siempre.

Yo era nada y Dios ha hecho de ésta nada una gran cosa. Sí, porque soy en cierto modo un Dios, pues por la Sagrada Comunión, Jesús me da su Corazón.

Estoy pues con Jesús, mi corazón unido al suyo, esposa de Jesús, amiga de Jesús, es decir, otro Jesús.

Debo vivir de Jesús y tener el mismo fin que El ¡qué sublime es ese fin!

¡Jesús!... ¡María!... ¡la Cruz!... ¡no quiero tener más amigos!"

* * *

Y no fueron estas palabras vanas y huecas. ¡Cómo supo vivirlas! Podría hacerse un comentario de cada una de ellas con los hechos de su vida.

Bernardita antes que nadie y como nadie vivió el mensaje de Lourdes: ¡ORACION! ¡PENITENCIA!

Pero, oración y penitencia en el ocultamiento; oración y penitencia, frutos del amor de Dios.

Por eso Bernardita escribía: "*En adelante, cuanto más crucificada esté, me mostraré más alegre*". Su sonrisa y su alegría ocultaban sus dolores.

Y en otro lugar hacía esta petición: "*Jesús mío, dale a mi corazón un amor tan grande, que llegue un día feliz en que se haga pedazos para ir a Ti...*"

Y al fin ese día llegó... El 28 de marzo de 1879 recibió los últimos sacramentos. Antes de recibir el Viático pidió perdón a la Superiora General de todas las penas que le había causado —¡había sido todo lo contrario! (1)—, por sus infidelidades y sobre todo, —lo dijo recalcando las palabras en un acto de suprema humildad— **POR MI ORGULLO.**

Humilde, oculta, durante su vida, se manifestó en su muerte insaciablemente ávida de humillaciones.

En los últimos días sus ojos, siempre límpidos, tomaron una expresión inefable, esos ojos que habían contemplado a María...

La Semana Santa fue para ella una verdadera pasión. El miércoles de Pascua, 16 de abril, después del mediodía, se confesó con edificante fervor.

Una hora antes de morir elevó los ojos al cielo; su rostro respiraba calma y serenidad con un tinte de melancolía... Besó el crucifijo. Después, como Cristo en la cruz, murmuró: "*¡Tengo sed!*" Y como El, sólo humedeció sus labios en la bebida que le presentaron.

Más tarde y por última vez se signó con la cruz de una manera admirable. Unos instantes después dijo: "*Santa María, Madre de Dios, ruega por mí, pobre pecadora... pobre pecadora...*" Y expiró...

SEMINATOR CHRISTI.

(1) Su Superiora General —que antes fue su Maestra de novicias— no comprendió absolutamente el tesoro que Dios le confió en Bernardita; Dios lo permitió así para santificar a la Vidente de Lourdes.

P E N T E C O S T É S

REVISTA MENSUAL

Dirigida por los Misioneros del Espíritu Santo.

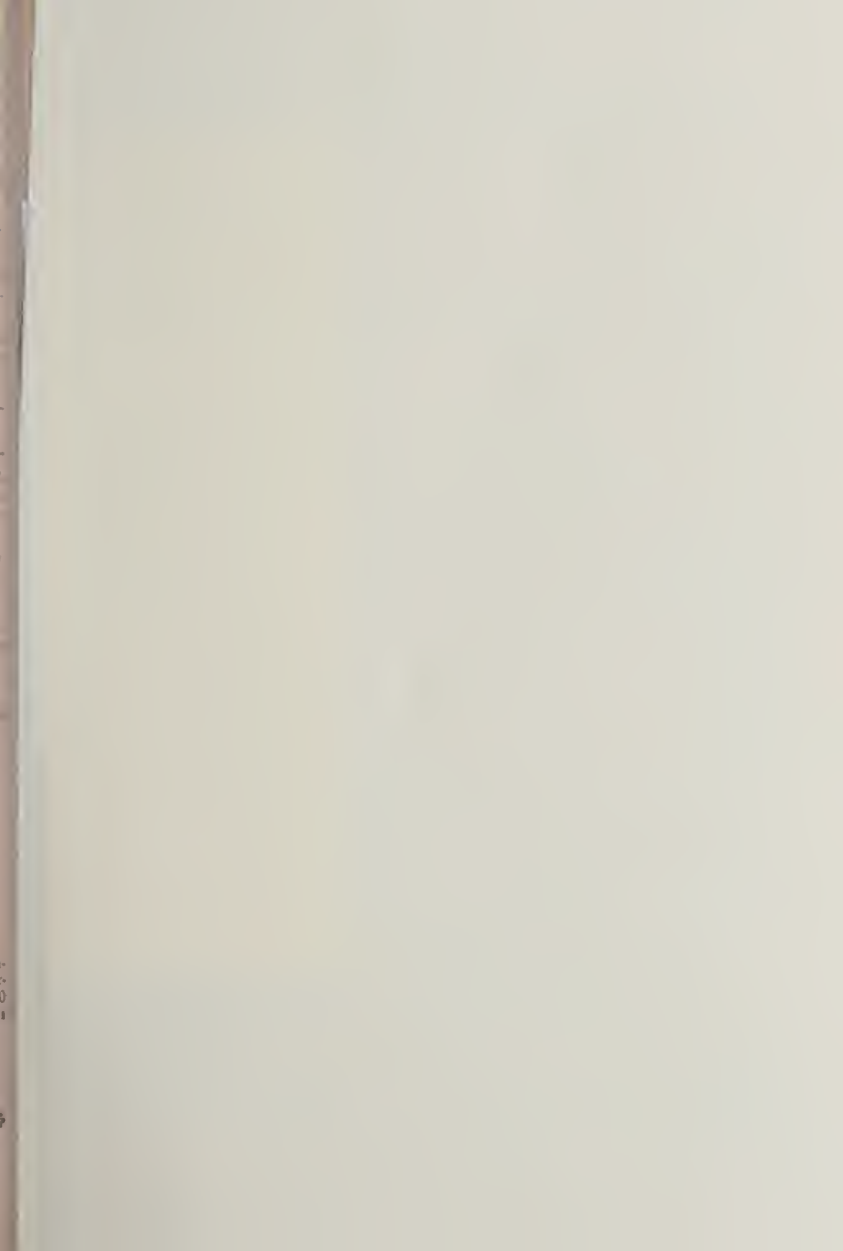
DIRECTOR RESPONSABLE: J. G. TREVIÑO

Ap. N° 1580. Ofic.: Ciprés, 59. Tel.: 16-03-85.

México 4, D. F.

Suscripciones: por un año \$ 5.00. Número suelto \$ 0.50. En el extranjero: Dllrs. 0.50. A los Agentes les hacemos descuentos especiales. A la per-
ORGANO DE LOS APOSTOLADOS DE LA CRUZ Y DEL ESPIRITU SANTO
sona que nos coloque 10 suscripciones, pago adelantado, le obsequiamos una por un año.

Registrada como artículo de 2ª clase en la Oficina de Correos de México,
el 27 de abril de 1937.



Princeton Theological Seminary Library



1 1012 01458 1534

FOR LIBRARY USE ONLY.

FOR LIBRARY USE ONLY

